

cha de 10 kilómetros, le salió al encuentro una emboscada mandada por el brigadier Monet, que lo obligó á replegarse, con algunas pérdidas. El 23 se adelantó de nuevo Miller hasta Huamantanga, y tomando la izquierda del enemigo, pretendió cerrarle el camino de la montaña con 400 cazadores, sostenidos por una columna de reserva. Á las 11 de la mañana se trabó de nuevo el combate. Los españoles cargaron con denuedo. La división de Miller fué desalojada de la fuerte posición que ocupaba, dejando en el campo armas, muertos y prisioneros. Este fué el último zarpaso del león en retirada. Aquí terminó la persecución. Miller se limitó desde entonces á hostilizar la retaguardia del enemigo con partidas volantes de caballería, y acompañó á la columna fugitiva hasta pasar la cordillera, donde encontró el cadáver del famoso coronel Sánchez, el héroe de San Carlos y Chillán en Chile, abandonado en una choza por sus compañeros de armas (27 de setiembre).

Treinta y cinco días después de haber emprendido Canterac su expedición (1.º de marzo) estaba de regreso en Jauja, deshecho, con un tercio menos de la fuerza que había sacado, y dejando perdida la plaza que había ido á salvar. Empero, el general español acreditó en esta ocasión las dotes de un consumado táctico, y de un general intrépido en medio de los grandes peligros que lo rodearon, á que supo sobreponerse, salvando el honor de sus armas y sus últimos soldados.

VI

Aislado el Callao y abandonado á su suerte, con sólo tres días de víveres, San Martín le intimó rendición, ofreciendo respetar las personas y los equipajes. El general La Mar, aceptó la proposición para tratar, proponiendo por su parte

una suspensión de hostilidades; pero pidió cerciorarse del estado el ejército realista en retirada, antes de entrar á negociar. San Martín le contestó: « Como hombre público y privado he tenido siempre derecho á ser creído. Los jefes del ejército español se equivocaron en los cálculos y han tenido que retroceder á la sierra desorganizada toda su fuerza y huyen perseguidos. Si esta explicación aun requiriese más autenticidad, un oficial de la guarnición del Callao puede venir á informarse de ella ». La Mar replicó: « No me considero en el caso de haber ofendido su delicadeza, dejando de dar crédito á sus aserciones, pero permítame manifestarle, que en situación como la mía no es nueva toda detención de esta especie sin nota de agravio. Bajo este concepto y de la misma invitación que se sirve hacerme, pasa el brigadier don Manuel Arredondo á hablar con algunos de los oficiales del ejército nacional ». Cerciorado La Mar de que nada tenía que esperar, formuló sus capitulaciones de acuerdo con una junta de guerra, con arreglo á la intimación del vencedor, recomendando á su generosidad « la benemérita guarnición del Callao » y la población refugiada bajo su amparo.

Por parte del Protector fué comisionado para tratar el coronel Tomás Guido, nombrando el gobernador de los castillos al brigadier Arredondo y al capitán de navío José Ignacio Colmenares. Estipulóse en consecuencia una capitulación honrosa para vencidos y vencedores. La guarnición debía salir por la puerta principal de las fortalezas con todos los honores de la guerra, dos cañones y bandera desplegada. La tropa veterana que voluntariamente lo quisiera, podría transportarse á uno de los puertos de intermedios y reunirse al ejército de Arequipa, pero no á ningún otro punto. Los milicianos, se restituirían á sus hogares. Los generales, jefes y oficiales, empleados de hacienda y marinos, serían tratados con dignidad, pudiendo usar de su uniforme y espada por el

término de tres meses, en que se restituirían á España si así lo prefiriesen, con facultad de disponer de sus bienes. Se pactó el olvido recíproco de las opiniones y servicios prestados á los distintos gobiernos. Bajo estas condiciones, se convino, que las fortalezas se entregarían por inventario, y que las capitulaciones se ejecutarían por una y otra parte á las dos horas de ratificadas. La Mar pretendió introducir un artículo, permitiendo extraer del Callao 4,000 fusiles con bayonetas y fornituras, 200 mil cartuchos y catorce piezas de artillería de campaña con su correspondiente dotación de municiones; pero fué negado. Por un artículo secreto adicional estipulóse, que los jefes y oficiales sueltos de la plaza, podrían trasladarse al destino que tuviesen por conveniente, auxiliándolos el gobierno peruano con lo necesario para el transporte de sus familias y equipajes (21). El día 21 de setiembre (1821) se enarboló la bandera peruana en los castillos del Callao, perdiendo el rey de España su última almena al sud del continente americano. La Mar, que en su calidad de criollo simpatizaba en el fondo con la causa de la independencia, renunció en manos del virrey su grado y honores, pero por el momento se retiró á la vida privada.

El general de los Andes, libertador de Chile y del Perú, triunfaba así sin combatir, y conservaba intacto su ejército, fiel al plan sistemático de campaña que se había propuesto; realizando, según la expresión que hace suya un historiador peruano, « el fenómeno más extraordinario en la guerra : » derrotar un ejército poderoso, con la fuerza sola de la opi-

(21) Documentos sobre las capitulaciones del Callao en 1821, que se componen de la correspondencia oficial y confidencial de San Martín con La Mar en los días 17 á 19 de setiembre; credenciales respectivas, capitulación propuesta por La Mar y capitulaciones definitivas concedidas, modificadas ó negadas por San Martín, y en pliego separado, el artículo secreto. (Archivo San Martín. vol. LX). M. S. S. orig.

» nió y de la táctica, sostenido con ardides bien manejados » (22). La más formidable fortaleza de la América del Sud estaba en su poder, con centenares de piezas de artillería de plaza y campaña, millares de fusiles y grandes depósitos de municiones; una guarnición de cerca de dos mil hombres se había rendido y como mil hombres de la expedición de la sierra que pretendió salvarla, habíanse dispersado ó pasado á su bandera; los ejércitos realistas, enflaquecidos y sin armas, estaban aislados en las montañas del Alto y Bajo Perú, en impotencia absoluta para retomar la ofensiva; y dueño de la mitad del territorio y de toda la costa del Pacífico, sin temor de que nadie le disputase su dominio, podía dirigir libremente sus armas hacia el norte para libertar á Quito, respondiendo á la demanda de Bolívar, y volver con nuevos recursos á terminar la guerra continental en su último teatro. Una gran batalla campal no le habría dado más con menos pérdidas. Pero el papel de Fabio Cunctator, impone al que lo ensaya la obligación de triunfar, y aun triunfando, la opinión suele negarle la gloria del vencedor, confundiendo la prudencia con la pusilanimidad. El general que toma por atributo de combate el escudo con preferencia á la espada, confiesa en el hecho su impotencia para cortar el nudo, y sus ventajas negativas humillan el orgullo de sus soldados, como sucedió al dictador romano, cuando desde sus posiciones atrincheradas veía al enemigo á su frente dueño de un campo que no le disputaba.

El sistema de guerra adoptado por San Martín, dados los escasos elementos con que se lanzó á la atrevida empresa de libertar el Perú, había sido prudente y necesario, y producido grandes resultados; pero sin obtener ninguna ventaja decisi-

(22) Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 211.

va. El problema de la guerra quedaba siempre insoluble. Los medios triunfos, y sobre todo los que se alcanzan sin el concurso activo de los soldados, y dejan las cosas más ó menos como estaban antes, no satisfacen á nadie, y con frecuencia se vuelven contra su autor, porque siempre se supone que pudieron ser más grandes peleando. Tal había sucedido á San Martín al tiempo de la ocupación de Lima, y tal le sucedía al rendirse las fortalezas del Callao y retirarse deshecha la expedición de la sierra por sus hábiles maniobras sin disparar un tiro. Ganó la fama de gran táctico; pero comprometió su renombre de general resuelto, que sabe combinar sus cálculos metódicos con las inspiraciones del campo de la acción, en los momentos decisivos en que la fortuna brinda la corona ensangrentada del triunfador al coraje de generales y soldados.

VII

Todos reconocían que jamás el General se había mostrado más hábil, más dueño de sí mismo y de las voluntades de sus subordinados, pero muchos le acusaban de exceso de prudencia, y aun de timidez, por no haber comprometido el ataque cuando las probabilidades del éxito parecían estar de su lado; ó por no haber buscado más decididamente las ocasiones de obtener una victoria completa. Es un punto histórico que merece examinarse.

La responsabilidad de San Martín es grave por el estado de inacción en que dejó caer la guerra después de la ocupación de Lima y la retirada de la sierra y puertos intermedios. Sus armas se habían destemplado y su inteligencia militar parecía adormecida. Así, al descender la expedición realista de la sierra, no estaba preparado para la ofensiva, y malamente para la defensiva. Pero desde que vuelve á sonar el primer

toque de tambor anunciando la aproximación del enemigo, el general vuelve á ser dueño de sí; todo lo domina y todo lo prevé; infunde á todos entusiasmo y confianza y todos sus movimientos tácticos, perfectamente combinados para alcanzar un resultado preconcebido, revelan el genio del vencedor de Chacabuco y Maipu. Nada fia á la fortuna, y juega su gran partida, moviendo con aplomo magistral, á la manera de piezas de ajedrez, las masas propias y las del contrario, según un plan que se desenvuelve matemáticamente. Sus tropas, aunque algo más numerosas, eran en su mayoría reclutas, y las del enemigo, sólidas y selectas, mandadas por un general eximio, que podía medirse con él, como lo mostró (23). Además, debe tenerse en cuenta, que los realistas tan sólo arriesgaban una división, contando con fuertes reservas que les permitían rehacerse, mientras los independientes jugaban á un albur el único ejército de que dependía la suerte del Perú, y quizás de toda la América. Así, cuando se negó á las instancias de Cochrane para que atacase, en el momento en que Canterac iba á encerrarse en el triángulo estratégico, obraba con acierto y veía claro, pues ese movimiento obligado le aseguraba la rendición del Callao, quedando á su elección en todo caso buscar el combate en mejores condiciones, si así lo quería. Cuando avanzaba hasta Mirones y cerraba el camino del Callao á Lima, procedía con igual acierto, en el supuesto de que el enemigo pretendiera mantener una posi-

(23) Todos los generales que concurrieron á aquella campaña, á quienes he consultado sobre el particular, y especialmente á Las Heras, Guido, Olazabal, Dehesa, Aldunate, Pedro José Díaz y otros, eran de opinión, que á pesar de la superioridad numérica de los independientes, que no era mucha, — 4,500 hombres á lo sumo — la calidad superior de las tropas españolas, hacía muy dudosa una batalla. Por eso Canterac la provocaba en campo abierto, y San Martín se limitaba á esperarla en sus fuertes posiciones, manteniéndose á la defensiva y manobrando con seguridad ofensivamente.

ción insostenible ó se rindiese al fin, ó que desesperado se lanzara sobre sus fuertes posiciones, aceptando entonces el combate con la seguridad de triunfar. Hasta aquí la prudencia sanciona la conducta de San Martín, y lo reconoce como el primer táctico de la América del Sud en su tiempo.

Pero una vez ejecutado el plan táctico, que daba por resultado determinar las últimas posiciones estratégicas en las situaciones extremas, había que prever el caso de la acción para la defensa ó el ataque y debió y pudo prepararse todo en consecuencia. Encerrados los realistas bajo las murallas del Callao, sin víveres ni forrajes, San Martín debió prever, que con generales tan resueltos y avisados como Canterac y Valdez, no podía esperar ni una rendición cobarde ni un ataque á la loca, antes de ensayar otras medidas de salvación. Debió prever además la retirada, ya fuese por el camino que había traído el enemigo, ya por el del norte de que era dueño, y que era el más probable. En este punto parece que fallaron las previsiones del gran capitán. Pudo haberse preparado á cerrar estratégicamente el camino de la retirada, previendo la salida como previó la entrada. Pudo prepararse á caer con toda su masa sobre el enemigo en retirada, cuando éste, hambriento y sin esperanzas, se lanzara en busca del camino de la sierra. Pudo, en fin, organizar de antemano metódicamente la persecución, como había organizado la defensiva-ofensiva, hasta reducirlo á hacer lo que él quería y había previsto. Nada de esto se hizo, ó al menos se hizo incompletamente. Cuando el enemigo amagó un ataque, que no podía engañar á un general tan experto como el de los Andes, y emprendió su retirada en desfilada vadeando el Rimac por su embocadura, era el caso de tener prevenida la escuadra sobre la costa para cañonearlo, ó bien salir á batirlo por el flanco que le presentaba á descubierto. Si no quería comprometer batalla formal, pudo anticiparse al enemigo por cami-

nos mejores y más cortos, cerrando la entrada de la quebrada de Carabaillo, con más ventajas que la persecución por retaguardia; ú obligarlo á un combate en las condiciones más ventajosas para él. Emprendida la persecución tardíamente y de mal modo, se hizo sin plan, y no dió sino los resultados que ofrecía la desmoralización espontánea del enemigo, brindándole ventajas parciales en los únicos combates en que se cambiaron balas. Si bien de la ejecución de algunas de estas operaciones son responsables sus subalternos, que no supieron responder á sus planes, la responsabilidad mayor recae sobre él, pues les ordenó perseguir y no pelear, cuando debió ordenarles pelear y vencer, y así como el honor de la jornada era todo suyo, así también debe ser la censura ó el galardón que le toque en lote.

VIII

Estos triunfos, á pesar de no ser decisivos, consolidaban al parecer el protectorado de San Martín, aumentando su popularidad ostensible; pero los cimientos en que se apoyaba, estaban minados por un trabajo subterráneo, y la política exterior que empezó á desenvolverse desde entonces, lo divorció de la opinión del país; á lo que se agregaba un fermento de espíritu nacional que conspiraba contra su autoridad moral. El papel de San Martín, como Protector del Perú, es duplo y complejo: hay una parte que es suya, otra que es de mero reflejo, y otra peruana; pero en su conjunto, tiene la unidad del carácter del hombre, de sus ideas políticas y de sus vistas americanas.

La obra reformadora del Perú, que lleva el nombre de San Martín, fué grande y fecunda; pero mero adorno de su corona de libertador, es la obra de sus ministros, — y princi-